

Visiones y motivos de Andalucía

Córdoba, la Sultana

De Sevilla salimos una clásica mañana andaluza de mayo, templada y luminosa. Siento cierta acritud por no haberme podido sumir en toda la vasta gama sevillana, pero acaso se beneficie mi ilusión por la perla bética, que sigue latente a pesar de la parcial divergencia entre lo presentido y la tangible realidad.

En cuatro horas nos trasladamos a Córdoba, pasando por poblaciones de tanto renombre como Carmona y Ecija. En la irisación vibrátil de la jocunda mañana, los cortijos salpican de blanco la gracia simétrica de los pulcros olivares. La serranía completa el atractivo, enmarcándolo, de la campiña, huertas, limoneros, naranjos, viñedos y olivos. Allá lejos, en la cúspide, se intuyen las ermitas, que cantó la musa inefable de Antonio Fernández Grilo, a las que dan dulces esencias los limoneros, los verdes naranjales y los romeros:

«Hay de mi alegre sierra
sobre las lomas,
unas casitas blancas
como palomas.»

Córdoba es, aceptando su forzoso modernismo, una de las poblaciones más netamente andaluzas. En Córdoba no hay superchería de tópicos. A sumo, decadencia de años y años de ostracismo, de anquilosamiento. Dijérase que Córdoba prefiere el letargo, con todo el sopor del estatismo, a revivir corrompida y mucho menos aspirar a una euforia de jolgorio simulado para atracción de forasteros. Ahí radica uno de los secretos de la ciudad de los Califas, porque Córdoba, como buena sultana, es enigmática. De tan seria casi es adusta y aflora hacia los vestigios de su vetustez un rictus de melancolía. Provinciana y resignada quietud, que conduce a la imaginación hacia los remotos tiempos de un pasado de esplendor. «Tan cerca de los meridianos que bautizan nombres del atlántico mar—dice D'Ors—, Córdoba se dijera oriental». Y bien añade, al tratar de «Las ciudades secretas», que la reina de nuestras ciudades enigmáticas es Córdoba.

Por su ascendencia romana, por haber sido presa del mundo musulmán, la prosapia, la raigambre de Córdoba desecha todos los tópicos que acuden a su solo nombre. Podrá no poseer la maravillosa belleza de Granada, hecha filigrana dulzona, ni la gracia de Sevilla, hecha displicencia jacarandosa, pero es más africana, más silenciosa—o sea más seria—que las restantes poblaciones agrupadas bajo este nombre melodioso y rítmico de Andalucía. Porque, digamos por fin, así como la Alhambra es Granada, y la Giralda es Sevilla, la Mezquita es Córdoba, o sea, silencio, hieratismo, fausto, fe, indolencia musulmana. Al ruido zumbón de Sevilla, a su canto alborotador, al sabor de manzanilla, al salero y alegría de la perla del Guadalquivir; al agua de Granada, que llora saudades o ríe alborozada; a la solera malagueña de sus caldos y a la eurtimia de sus danzas; al soplo del viento gaditano en dos mares, se opone el silencio que casi escuece de Córdoba, romana y mora, mística y pagana, que gravita sobre las angostas callejas, sobre las recoletas plazas. [Subyugante plazuela del *Cristo de los Faroles*, visión mental tantas veces anticipada en el rincón natal..

«Del silencio de Córdoba pudieran rebanarse tajadas». Callejas angostas, de sabor moruno; plazuelas románticas, palacios y conventos antañones, fachadas árabes y renacentistas. Y los patios con floridas cancelas, que completan e incluso sobrepujan en profusión a los sevillanos «Córdoba—describe Azorín—no tiene el ambiente sutil de voluptuosidad que se respira en Sevilla; hay en ella una nota de severidad, de sobriedad, de ascetismo, que es lo que domina en las cosas Córdoba es un patizuelo empedrado de menudos guijos, una pared encalada de blanco con un zócalo azul y olor en el aire de olivo quemado». Y Valera describe, a su vez, fastuosamente los patios cordobeses, «cercados de columnas de mármol, enlosados y con fuentes y flores. La hiedra, la pasionaria, el jazmín, el limonero, la madreselva, la rosa enredadera y otras plantas trepadoras tejen un tapiz de verdura con sus hojas entrelazadas y le bordan con sus flores y frutos. Allí claveles, miramelindos, marimónas, albahaca, boj, evónimo, brusco, laureola y mucho dompedro fragante. El ruiñeñor les da música por la noche». *Cordoue aux maisons vieilles—à samosquée, où l'oeil se perd dans les merveilles*, versificó Victor Hugo.

A Córdoba se adivina que la abruma su pretérito ilustre, con la huella de las razas y civilizaciones que poblaron España, destacándose como cabeza de colonia romana. Aquí está, impalpable, la herética sombra de Séneca, filósofo y ciudadano del Imperio romano,

el estoico, que pintó, moribundo, Velázquez; escuálido, Lucas Jordano, y atlético, Rubens. Por aquí, a la deriva, acaso vague la sombra del que escribiera la *Epístola ad Lucilium*, que, enraizándose en el alma cordobesa, desembocó a una trascendental filosofía. En el alma andaluza, y en la cordobesa propiamente, hay el senequismo. Resume la doctrina de Séneca—son palabras de Azorín—el carácter español, mixto de resignación serena y de fortaleza en el sufrimiento. Y también vaga el espíritu de Abd-el-Rahman, que rebulle resentido en torno de la Mezquita. Y aquí está el lirismo andaluz en toda su magnífica sencillez, recogido en el nocturno de Albéniz; y la flor y nata, la reciedumbre y predestinación de los modernos califas, los del arte de alancear reses bravas, creadores de estilos y escuelas taurómacas, ídolos por un asenso popular que los antepone a los de Ronda y Triana, y que llora con un fatalismo de raza la muerte del mejor, del amado de los dioses. Porque Córdoba es cuna del arte taurino, al alimón con Ronda, «la de los toreros machos» y trilogía, con Sevilla, con sabor fuerte puro, de la esencia española de la tauromaquia, perenne en nombre de tantas nostalgias.

No pude menos de contener un ramalazo de afición aletargada, al pasar ante la un tiempo famosa plaza de toros y al visitar en el camposanto los panteones de los ídolos cordobeses. En la céntrica y modernizada calle de Gondomar, que desemboca a la populosa plaza do se alza el monumento al heroico Gonzalo de Córdoba, *el Gran Capitán*, me señala con displicencia el auriga un local dedicado a comercio, en donde antes radicaba el desaparecido club «Guerrita», nombre que encierra toda una época y toda una gloria taurina. ¡Sino adverso de tiempos e ídolos efímeros! Se esfuman éstos, pues el público, Moloch insaciable, se los traga, y exige nuevas figuras, y si no existen, las inventa lo más pulidas posible, para luego derribarlas, pues las masas, carentes de personalidad y de consciencia, necesitan idolatrar y desviar sus instintos rudimentarios hacia un responsable máximo. Los entusiastas del toreo de ahora, contentándose con la espectacularidad de la fiesta nacional, del «embrutecimiento nacional» que diría aquel sistemático paladín tauróforo, anatematizador, que se llamó Eugenio Noel, se sugestionan en su ineptitud, aportando en el acervo de sus endebles convicciones la estética, la filigrana, el arte estilizado de los diestros que se turnan por breves temporadas el favor del público que, despistado y apóstata, los eclipsa después. O sea, que anteponen el arte coreográfico al corajudo, sin analizar que la feliz conjunción del arte y el valor engendra la razón de ser del

toreo, cuya tradición y existencia se afianza o decae si promueve emoción o si se satiriza ridiculizándola.

En la récoleta y típica plaza del Potro, de hondo sabor andaluz, en un museo interesantísimo, de acervo taurino y pictórico, está la plasticidad sensual de Córdoba, recogida por el pincel conturbador de Romero de Torres. ¡Aquella *nieta de la Trini*, que empareja con la *maja* de Goya, del Prado! Es el triunfo, el legado a la posteridad, de «un pintor con figura de gran torero», según el verso de López Alarcón; con lienzos personalísimos, con las características técnicas psicológicas inconfundibles, de Julio Romero, que dió nueva concepción a la pintura: mujeres unguidas de fervor o que rezuman sensualismo descarnado, pero siempre trasunto de sus almas ensoñadoras, envueltas en un halo misterioso, enigmáticas, místicas o recelosas y torvas, pero melancólicas perennes, de mirada atormentada por intensa vida interior, con ojos y acaso hechos de pecadora, o, si se prefiere suavizar el epíteto, de «maja moderna», como decía el cuplet que dedicado al insigne cordobés cantaban las tonadilleras hace un cuarto de siglo. En un extremo de la población, realzando un jardín, hállase emplazado el monumento al pintor cordobés, cincelado devotamente por Juan Cristóbal. Se alza firme, arrogante, espigado, aire marchoso, envuelto en los pliegues de la pañosa, en la siniestra, con indolencia, el cordobés (hoy casi pieza de museo), a sus pies el fiel galgo «Pacheco», se alza hecho bronce y mármol, «el califa andaluz de los pinceles», como poetizó Villaespesa.

¿Es admisible la suposición subjetiva que se ha hecho al afirmar hiperbólicamente que así como las sentencias de su Séneca y las plásticas toreras de su «Manolete» dicen más del alma cordobesa que Córdoba misma, los lienzos de Julio Romero la descubren y la cantan con tal emoción y belleza, que conoce mejor el espíritu de la ciudad califa quien sin haber estado en ella conoce la obra del pintor que quien viviendo allí ignora los cuadros de Romero de Torres?... Precisamente la plástica del torero, como la de la pintura en este caso concreto, son facetas aisladas, sin consistencia ni homogeneidad, desparramadas y aseguibles por toda la piel del toro hispana, pues subsistiría, si bien sólo para los iniciados, el alma de Córdoba en su pristina verdad, a pesar de no haberse incorporado a su colosal acervo la mínima y personal aportación que supone ante su no amortiguada totalmente grandeza secular el arte estilizado, hecho orifiama de la idolatría nacional, del corazón de multitud chillona y partidista, enfervorizada históricamente con una fiesta enfermiza y

decadente, y el de un pintor de temas apasionados de mujeres obsesionadamente sensuales, que pueden florecer en el clima propicio que plazca a su creador. El Madrid de antaño, no son solamente las majas de Goya, si bien éste acertó más las distancias, como Sorolla se acerca más a Valencia con sus lienzos apresando toda la esplendente luminosidad mediterránea, sin alharacas. Literatura y elucubraciones esotéricas, que se derrumban cariacontecidas con la desaparición del mito o con el análisis descarnado de sus aportaciones. Córdoba es... Córdoba, y que me perdonen los puritanos si no saben comprenderme o yo no sé explicarme. Y es el agudo juicio de Ortega y Gasset que expone que el traje más relativamente autóctono, de más fino sabor castizo, es el que pudiera parecer más moderno de todos: el traje andaluz femenino, con volantes o *faraloes* y no cree que se encuentre nada parecido en el resto de Europa ni en Asia. ¿Se extinguiría el espíritu de Andalucía con la desaparición del clásico atuendo de sus nativos? ¿Conocerá mejor la auténtica Andalucía quien, como hice yo, se encierre en una cueva gitana del Sacro-Monte granadino y vea revolotear, rozando su epidermis, faldas de *faraloes*, descolgadas para lucro de la percha de la guardarropía?... El tema es prolijo y dejo para los doctos mejor comentario.

*
* *

Góngora, el cordobés de las letrillas, que personificó el culteranismo, tan opuesto a la fonética mellada andaluza, llena de solecismos, tiene un soneto en el que canta la fama de Córdoba: «¡Oh excelso muro, oh torres coronadas!...» ¡Muros de la Mezquita!... Porque Córdoba, repitamos, es la Mezquita. Culmina su esplendor, siendo emporio de la cultura occidental, cuando fué Emirato independiente del Califa de Damasco y, después, capital del Califato de su nombre. El Alcázar de los Hijos de Omeya desbordaba de todo y el Califato rebosaba de opulencia. En la «Elegía a las ruinas de la Córdoba omeya»:

«¿A quién pediremos noticias de Córdoba?
No preguntes a nadie que no sea la Dispersión.
Poco es para una ciudad como Córdoba
el que se la llore con lágrimas inacabables».

lamenta Ben Suhayd, en su poema compuesto cuando decaía el Califato, para incorporarse después de una serie de vicisitudes al reino de Sevilla.

La invasión sarracena a principios del siglo VIII, en el año 711, convierte a Córdoba en cima del poderío musulmán, ofreciendo un interés más marcado que Granada y Sevilla.

Abderramán I, que inició el Emirato cordobés en 756, se propuso hacer una Meca occidental de la Mezquita de Córdoba, un santuario mahometano, el primer templo del Islam después del que guarda el cuerpo del profeta de Alá. La mandó edificar sobre el lugar que ocupaba el templo de Jano en la época de la dominación romana y después la antigua iglesia consagrada por los godos a San Vicente. En el año 785 comienza la construcción de la Mezquita aquel Emir nacido para la guerra y para venerar a Alá, trasladándose a Córdoba, a su llamada, los alarifes más notables. Después, Abderramán III realiza obras de verdadera importancia, también a la mayor gloria de Alá, y se hace reconocer como primer Califa de Córdoba, y es edificadada para su placer *Medina Azahara*, famosa y maravillosa ciudad. («Zhara» en árabe significa flor). Almanzor, una de las primeras figuras del Califato cordobés, ministro de Hixem II (años 976-1.002), sometido a aquél, mejora su primitiva construcción, ampliándola con ocho naves.

Al conquistarla para la España cristiana el rey Fernando III, *el Santo*, en 1236, doce años antes que a Sevilla, tuvo el buen gusto de no fanatizarse arrasándola, como hicieron los árabes con la primitiva iglesia construida por los godos, y, purificada por el obispo don Juan de Osma, consagrándola como Catedral, la adoptó al culto católico, poniéndola bajo la advocación de la Asunción de la Virgen. Luego va sufriendo transformaciones por imposición del nuevo culto, colocándose numerosas capillas a lo largo de los muros. En tiempos de Carlos I, cuando aún no conocía la Mezquita, el antiguo templo de Alá es, por inducción y tozudez del obispo don Alonso Manrique, víctima de una incompresión arquitectónica, vandálica en su ineptitud y sectarismo con la transformación radical que sufre, demoliéndose naves y columnas, construyendo la capilla mayor y el crucero, formando dentro la disonancia un conjunto de obras de arte admirables, a pesar de ser estridentemente discordantes con el conjunto. Carlos V, al visitar la Mezquita, iniciados ya los derribos, se dolió, exclamando: «Yo no sabía qué era esto; hacéis lo que puede haber en otra parte y habéis deshecho lo que era singular en el mundo».

Por la admirable Puerta del Perdón se entra, como en la Catedral de Sevilla, al Patio de los Naranjos. La Torre del Alminar, desde cuya eminencia llamaba el «muezzin» a los creyentes, con sus noventa

metros de altura domina ampliamente lo que fué centro de la civilización árabe occidental.

Estoy, por fin, dentro de la Mezquita, completando la trilogía, con la Alhambra y la Giralda, de los tres sueños realizados. En tan monumental y curioso templo concurren los estilos árabes, grecorromano, ojival y renacimiento, sobresaliendo, empero, y dándole carácter adecuado, la pura y suntuosa decoración árabe. A pesar de que las distintas restauraciones de que ha sido objeto para su conservación han llegado a desnaturalizar las primitivas características de la Mezquita, sigue conservando su ascendencia musulmana, que se enseorea sobre las arbitrarias innovaciones y su inmenso interés arquitectónico, con sus primores, su ornamentación y sus dimensiones que causan profunda impresión. Anonada la Mezquita, la mayor y más lujosa del mundo después de la que ve el continuo peregrinaje de los fieles del Corán, y es tanto el poder de su pasado, que es conocida precisamente por Mezquita y no por Catedral, aunque resuenen hace siete siglos en sus naves las salmodias del ritual católico. Estoy en el bosque, exclamo como Camille Maclair. «Yo llamo así—dice el sutil hispanófilo—a ese extraordinario oquedal de mármol y ladrillo, blanco y rojo, de cerca de mil columnas que sostienen techos bajos, bosque en el cual entro y me detengo enseguida, por el temor de perderme entre aquel laberinto, que llena una penumbra sonrosada».

Estas naves inmensas vieron poblarse de creyentes a las horas del rezo, practicado con el cuerpo humillado sobre las duras losas y con el aliento contenido, conforme al rito musulmán, mientras la oración del «muezzin» dominaba tanto fervor: «¡No hay más Dios que Alá y Mahoma es su profeta!» En las cenefas del «mihrab», lugar sagrado, santuario de la Mezquita, camarín recoleto, de soberbia cúpula, decorado con el estilo característico árabe de laberíntico dibujo, puedo ver unas inscripciones, que me dice un chispeante cicerone que me acompaña, son versículos del Corán.

Es un derroche de columnas y esbeltos capiteles, una orgía de arcos de distintas modalidades y de admirable estilo, unos dentellados, otros adornados con mosaicos de rojizo color; zócalos policromos, retablos de mármol, pulpitos bellamente labrados en relieve, con esculturas a guisa de sostén; rejas valiosísimas, azulejos, frontales de altar, techos deslumbrantes, la notabilísima y afiligranada sillería del inmenso coro, obra maestra del insigne imaginario sevillano Pedro Duque Cornejo; órganos, cuadros de afamados pintores,

sin la total grandiosidad de la de Toledo, no desmerece del genio de su artífice.

Subo a la Torre del Alminar. A mis pies, la Mezquita sigue retando al tiempo y al devenir de las épocas, inmortalizando el esplendor y el poderío del Califato de Córdoba. Más abajo, el puente romano, con su castillo medieval, remansándose las aguas del Guadalquivir rumbo hacia Sevilla. Más lejos, los restos de las almenas moriscas del Alcázar derruido. Recuerdo que alguien dijo que en Córdoba parece que la Historia se sale de los libros y vuelve a ser una realidad viva. En la suavidad del atardecer siento la sensación de diluirme y el éxtasis que me sobrecoje de Córdoba, amodorrada en su melancolía gravitante y su tácita sabiduría multiseccular.

A punto de dar un adiós melancólico, rumbo a Castilla, a estas seductoras tierras andaluzas, dirijo a la Córdoba augusta los versos de Abú Bekr, que gemía precisamente en Toledo, cuando era sede de la monarquía española, su destierro, hecho un girón de melancolía su alquicel:

«¡Oh, ciudad de las ciudades,
Córdoba espléndida y clara!»

José VIDAL ISERN

